

Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: libreria española, de Mellado, rue Pavée St. Andree, núm. 3.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Nociones acerca de la gimnástica.—Cásate, por don Esteban Garrido.—La secta de los espíritus.—La danza de las masas.—Revista de variedades.—Maravillas del arte y de la industria, por don Francisco Fernández Villabril.—El viaje del caballero Conrado, ó el reloj de la eternidad y el reloj del mundo, traducido por don Angel Laso de la Vega y Arguelles.
GRABADOS. Ejercicios gimnásticos en Ginebra.—Maravillas del arte y de la industria, nueve grabados.—Misterios del teatro, diez y nueve grabados.

Nociones acerca de la gimnástica.

La gimnástica era entre los antiguos el arte de ejercitar el cuerpo para endurecerlo á las fatigas de la guerra. El lugar destinado para los ejercicios era el *gymnasio*.

La gimnástica es la ciencia razonada de nuestros movimientos, de sus relaciones con nuestros sentidos, nuestras costumbres y con el desenvolvimiento de todas nuestras facultades. Abraza la práctica de todos los ejercicios que tienden á hacer al hombre mas animoso, mas intrépido, mas inteligente, mas sensible, mas fuerte, mas industrioso, mas astuto, mas veloz, mas ágil, mas flexible, y que le dispone para resistir á la intemperie de las estaciones y á las variaciones de clima, á soportar las privaciones y las contrariedades de la vida, á ven-

cer las dificultades, á triunfar de los obstáculos y conjurar los peligros, y á prestar, en fin, señaladísimos servicios á la humanidad y al Estado. La beneficencia y la utilidad comun son el objeto principal de la gimnástica; la practica de todas las virtudes sociales y los sacrificios mas difíciles y mas generosos son sus medios; y la salud, la prolongacion de la vida, la mejora de la especie humana, el aumento de la fuerza y de la riqueza individual y pública, son sus resultados positivos.

Habiendo la naturaleza organizado al hombre para *obrar*, para *juizar* y para *sentir* al mismo tiempo, el sistema gimnástico no es mas que el cumplimiento y la expresion de esos principios, y la observacion y la práctica de las leyes de la naturaleza humana. La primera comision de hombres científicos y peritos que observó ese método, dijo lo siguiente:

«El objeto de la gimnástica debe ser desarrollar las facultades morales á la par que las físicas... Los ejercicios meramente corporales, en los cuales los niños y los mozos compitieran tan solo en fuerza ó en destreza, lejos de suavizar en lo mas mínimo nuestras costumbres, les comunicarian, probablemente, por el contrario, una especie de aspereza y groseria muy temibles. En el modo de evitar este inconveniente es donde mas sobresale la habilidad del profesor. Ha discurrido, pues, sujetar al ritmo todos los movimientos de sus alumnos, con lo cual mantiene desde luego el orden y la regularidad. El ritmo está marcado por cantos, cuyas palabras expresan los sentimientos mas elevados que pueden afectar al corazon humano, á saber: el respeto y la adoracion á Dios, el amor á los reyes, la devocion á la patria, etc. Además, un jurado para los alumnos civiles (y un consejo de emulacion para los militares), formado por turno de los alumnos mas distingui-

dos, decide sobre todos los casos de disciplina; y el hábito de considerar la parte moral de las acciones favorece mucho mas de lo que pudiera creerse el desarrollo de los sentimientos honrados y generosos que encierra el corazon de todos los jóvenes.» No cabe duda, pues, en que la direccion moral de la gimnástica es una de las partes mas necesarias, mas útiles y respetables de este método.

No solo los sabios franceses, sino los sabios de otras varias naciones, aprobaron tambien plenamente esa importante innovacion en la gimnástica. La misma comision de que hemos hablado miró aquella educacion como el aprendizaje de todas las profesiones, y como un instrumento de volverse mas apto para todas las que puede abrazar un hombre. Tambien añadió que aquella gimnástica era tan útil y necesaria á los pobres como á los ricos, y que los gobiernos debian apresurarse á protegerla y difundirla, por cuanto el que se queda en tierra cuando los demas van andando, necesariamente ha de verse atropellado y pisoteado.

Despues de la invencion de la pólvora se abandonó imprudentemente la educacion individual del hombre militar, y se aplicó doble esmero en la educacion por masas, porque se creyó que, pudiendo un niño matar de un tiro á un Hercules, era inútil enseñarle otra cosa que disparar gran número de tiros en el menor espacio de tiempo posible; pero se echó completamente en olvido que antes de ponerse al alcance del enemigo, es necesario acercarse á él, salvar barreras y otros obstáculos, vadear rios, resistir al frio y al calor, soportar el hambre, la sed y otras privaciones, y que los militares de la escuela moderna que no están preparados para tales fatigas y dificultades, se quedan rezagados, pueblan los hospitales,



Ejercicios gimnásticos en Ginebra.

mueren á millares, y merman de este modo en poco tiempo la fuerza de los ejércitos, en una cuarta parte, en un tercio ó mas. Entre esas enormes masas no se encuentra á veces un solo hombre que se halle en estado de lanzarse á aquellas acciones atrevidas y extraordinarias de nuestros antepasados, las cuales nos parecen fabulosas, porque se han olvidado todos los medios de hacerlas fáciles y vulgares.

El famoso mariscal de Sajonia se declaró contra este género de educación mezquina y automática; pero cayó en otro extremo vicioso al asentar que «lo principal del ejercicio son las piernas y no los brazos; en las piernas está todo el secreto de las maniobras y de los combates: á las piernas conviene aplicarse sobre todo.» No es posible convenir con estas palabras del gran maestro, antes bien debemos decir, que lo principal del ejercicio consiste en desarrollar y fortalecer por igual las piernas, los brazos, las manos, los lomos y el cuerpo humano por entero, porque las piernas se detienen ante un obstáculo de cuatro varas, y se sirven de los brazos para vencerlo. Todas las maniobras son nada ante una simple trinchera, y ciertamente no se dan asaltos con las piernas solas. Por último, todos los sistemas exclusivos son erróneos, y caen en presencia de los hechos y de la experiencia.

El método gimnástico de Amans, escritor francés, ha reparado esos graves inconvenientes, restituyendo á la naturaleza humana su perdido vigor, y al heroísmo sus acciones sorprendentes.

La gimnástica se ha propagado en todas las poblaciones civilizadas de Europa, y especialmente en Suiza se ha hecho popular. La viñeta que acompañamos á este artículo figura la ceremonia que se verifica en los últimos días de julio en Ginebra, donde quinientos jóvenes de los cantones se disputan el premio que llaman de la fuerza, de la destreza y del valor. Este festejo de emulación que se renueva todos los años en cada reunión federal, se anuncia por el estampido del cañon, y los concurrentes la terminan por medio de un banquete donde se bebe en loor á los triunfadores.

Terminaremos diciendo que en los gimnasios, que hoy día importa establecer como elementos indispensables de educación, no se debe hacer mas que ejercitar todas las partes del cuerpo en la medida conveniente para la salud, para el ejercicio de las varias artes, y para el desenvolvimiento armónico de las facultades intelectuales y morales con el de los órganos. La gimnástica debe formar parte esencial de la pedagogía.

Cásate.

Va que el siglo diez y nueve es un siglo detestable, en que abundan las mentiras, y escasean las verdades;

Una vez que el siglo dice que es un absurdo el casarse, toma, lector, mi consejo, prescinde del siglo, y CÁSATE.

No te asustes del catálogo de infortunios y percances, con que el asunto enriquecen celibes recalcitrantes:

Ni te arredre el que hayan dicho los Persios y Juvenales, que el lanzarse al matrimonio es como al Tiber lanzarse:

Que el gremio de solterones de buena tinta no sabe, si el matrimonio es la gloria, ó es el tonel de los males,

Y fuera, como tú ves, una tontería grande, por peligros, que otros sueñan, neciamente acobardarse.

Yo convengo, en que una boda es empresa formidable; pero el hombre antes que todo, ha de ser hombre, ¡qué diantre!

Y mucho mas si ya pasa de las treinta navidades, y no tiene ni familia, ni perrito que le ladre.

¡Es tan triste vivir solo, y sin que haya, en este valle, quien nos quiera y quien nos mime, quien nos cosa y quien nos planche,

Que bien puede uno esponerse, huyendo tan duro trance, á dar con una muger, por ir en busca de un ángel!

Téngase además en cuenta el que Cartesio ó Descartes, aunque sufrió con su conyuge mas de cuatro ríñ-rafes,

No por eso sucumbió á las penas conyugales; antes bien, hallando en ellas, causa y motivos bastantes

Para meterse á filósofo, dió con sus penas al traste, y se hizo, á puras reyertas, un filósofo notable.

Cierto que en el matrimonio abundan los ejemplares de cabezas, que florecen con las coronas nupciales;

Pero no todas las frentes corren riesgo semejante, ni el mal en si es tan terrible. —Todo está en acostumbrarse.

Los griegos y los egipcios, que eran hombres muy formales,

frente y cuello con guirnalda solían engalanarse.

Entre gentiles y hebreos, fueron signos honorables, las escrescencias que, hoy día, pasan por signos fatales.

Del divino Moisés en las sienes venerables brillan dos cuartos de luna que envidiaría en buey Apis

Y no debe ser, en fin, la cosa tan repugnante (por mas que de esta doctrina sean pocos los secuaces.)

Cuando Jupiter Ammon tuvo á bien que le adorasen bajo la forma gallarda de un carnero trashumante.

Ardan, pues, del himeneo las antorchas saludables, y álcense altivas las frentes de los novios vergonzantes;

Que el riesgo de ser el ídolo de una tierna Pasifae, no equivale ni con mucho á la serie de desastres,

Que experimenta el que vive luchando con los desmanes de patronas, lavanderas, y otras furias infernales.

No siempre hemos de ser pollos, ni hemos de andar ¡voto á sanes! apurando hasta las heces del amor impuro el cáliz!...

A la loca juventud sucede otra edad mas grave, de la cual es la tristeza compañera inseparable,

Y ¡ay del hombre á quien sorprenden de aquella edad los pesares, en una noche de insomnio y en un solitario catre!...

Esto en lo que hace al espíritu; porque respecto á la carne, al finar la juventud empiezan los alifafes,

Y no hay pena mas amarga que la pena insoportable de no tener quien escuche nuestros quejumbrosos ayes.—

Y si de estas reflexiones, pasamos á los detalles de las que ofrece el precepto *Créscite et multiplicamini*,

¿Puede haber dicha mayor que la dicha incomparable de que en la luna de miel deben gozar los amantes?....

Consecuencia de esta dicha, por términos regulares, suele ser otra sublime, embriagadora, inefable:

Con ella adquiere la esposa nuevas gracias, mas realce, hasta el punto que, en mi juicio, se diviniza al ser madre.

Huye entonces la Discordia de los domésticos lares, porque desgarran su timpano los lloros angelicales,

Y libres de ella los conyuges saben tan bien arreglarse, que no hay don Juan que no envidie la paz de los pobres-Juanes.

Por eso, aunque el siglo diga, que es un absurdo el casarse, toma, lector, mi consejo, prescinde del siglo, y CÁSATE.

Si en el matrimonio hay riesgos, haylos mayores, si cabe, en la vida procelosa de amoroso brigandage.

Ríete de las habillitas de algunos hombres mordaces, que de la muger han dicho, entre otras divindades,

Que en lo inconstante, es veleta, una fiera, en lo indomable, en lo lengüaraz cotorra, y en lo pedigüeña fraile:

Ellos, para hablar así, que tendrían, es probable, por sus propias traba-cuentas sus razones especiales.

Pero igualarlas á todas, fuera yerro imperdonable, pues no es razon que las justas por las pecadoras paguen.

Si es cierto que ha habido Circes, Mesalinas, y otras tales, tambien ha habido Lucrecias, (aunque no tan abundantes.)

Y no hay que echar en olvido, que ha dicho un ilustre vate (1), «que es honrar á las mugeres»

»deuda á que obligados nacen
»Todos los hombres de bien,
»por el primer hospedage
»que de nueve meses deben,
»y es razon que se les pague.»

(1) Lope de Vega, en *El premio del bien hablar*.

ESTEBAN GARRIDO.

La secta de los espíritus.

Vamos á cumplir el ofrecimiento que hicimos en nuestro número anterior explicando á los lectores lo que es la secta de los espíritus.

Trasladémonos á los Estados Unidos, país abierto á todas las ideas razonables, lo mismo que á todas las locuras; los americanos del Norte constituyen, á la verdad, un pueblo bastante extraño; su carácter es un compuesto de elementos que parecen encontrarse reunidos; no hay en el mundo nación mas activa, ni mas positiva, ni mas grave, ni mas crédula, ni mas supersticiosa, ni mas mística. El americano se enloquece con las verdades prácticas, sin helarse por las quimeras y las mentiras. En los Estados Unidos, las religiones nacen y se improvisan tan fácil y rápidamente como los gobiernos en la Europa moderna. Hablariamos del mormonismo; pero la secta de los mormones es ya bastante antigua; cuenta de existencia veinte y tres años! Ahora bien, el pueblo que tiene siempre en la boca la palabra *go-a-head*, quiere novedades, y para satisfacer esta necesidad imperiosa, desde la creación del mormonismo, han surgido de la tierra dos ó tres nuevas sectas, entre las cuales, se cuenta la secta de los *espiritualistas*, nacida en 1849, en Rochester, en el estado de Nueva-York.

Los espiritualistas pueden dar la mano á los *secoueurs*, *aboyeurs*, *tembleurs*; *sacudidores*, *ladradores* y *tembladores*, y otros convulsionarios que en los primeros años de este siglo originaron tantos escándalos en los Estados Unidos. Los fundadores de la secta son mugeres; las jóvenes Ana Leach Fish, Margarita y Catalina Fox, dos hermanas. Se atribuyen la facultad de evocar á los espíritus de los difuntos (de donde viene el nombre de *espiritualistas*) que se manifiestan por medio de unos cuantos golpes dados en la pared. Los americanos dieron crédito á este prodigio; las señoritas Fox recorrieron entonces las ciudades de la Union, explotando la credulidad pública y recogiendo grandes beneficios, lo cual les permite hoy vivir con sus propios recursos.

La primera reunión de las sectarias se verificó el 14 de noviembre de 1849 en *Corinthian-Hall*. Margarita y Catalina Fox comparecieron allí. Se las rogó que evocaran á los espíritus, que obedecieron al llamamiento dando sus golpes de costumbre. Al instante se nombró una comision para inquirir la naturaleza del ruido misterioso y redactar sobre ello una estensa relacion. La relacion se confeccionó con todo el cuidado que reclamaba la importancia de la materia, pero no daba ningun resultado satisfactorio. ¿Nos admiraremos? Los redactores pertenecian á la mas fea mitad del genero humano. Inmediatamente el comité varonil fué reemplazado con una comision compuesta esclusivamente de señoras. Estas respetables matronas se encerraron con las señoritas Fox, y habiéndose puesto sus gafas, sometieron á aquellas á una revista minuciosa y concienzuda, como hicieron los doctores para Juana de Arco, á fin de asegurarse que el ruido no provenia de algun mecanismo diestramente disimulado. La pesquisa no produjo ningun resultado, y desde entonces se convino en que estos espíritus eran seres invisibles, pero reales y corporales, que anunciaban su presencia por un ruido idéntico.

Esta reunion, celebrada en *Corinthian-Hall* de Rochester, fué, sin embargo, eclipsada en el mes de octubre del año último, por uno de estos fabulosos *meetings* que solo se verifican en aquellos pueblos. El número de miembros era de ochocientos. Entre otras medidas que fueron adoptadas, es preciso hacer mencion de un decreto que autorizaba el establecimiento de reuniones trimestrales y la fundacion de *comunidades armónicas ó círculos espirituales*. Cada una de estas comunidades que comprenderá un número igual de fieles se organizará segun el modelo del cuerpo humano; presidente será el *cerebro*; los vice-presidentes, la *nariz* y la *boca*, los secretarios, los *ojos* y los *oidos*.

Despues de la adopción de estas importantes medidas aparecieron los oradores. Existe en los Estados Unidos una secta que ha establecido en vez de cátedras, galerías de una longitud suficiente para que el *predicante* ó predicador pueda pasearse á su gusto y entregarse á todas las evoluciones á las cuales se ve sometido algunas veces á pesar suyo en el calor de la improvisacion. Uno de los concurrentes subió á la tribuna, y se puso á leer una relacion verdadera y auténtica sobre un congreso de espíritus al cual habia concurrido. Otro dió parte á la asamblea de una carta que acababa de recibir de los espíritus de Washington: de Benjamin Franklin y de otros célebres americanos. «¡Es preciso abolir el casamiento! ¡Es preciso abolir la familia!» exclamó otro energúmeno que pretendia sin duda establecer la poligamia de los mormones. Una irlandesa bastante obesa que hubiera tenido necesidad de sostener sus argumentos con los puños, se levantó para contestar á este extraño discurso y vengar los derechos de su sexo, cuando de repente se oyeron gritos espantosos. Una muger de la galeria agitándose de una manera particular exclamó: «¡Escuchad, que voy á contaros lo que he hecho desde que tenia doce años!... ¡Ah! ¡Haced penitencia, amigos míos, pues el momento se aproxima!» Sobre esto, uno sacudía la cabeza, otro se echaba á rodar por el suelo; este se volvía, aquel escribía sobre un papel las revelaciones celestes, y así todo lo demas. Uno de los miembros, habiendo conservado su sangre fria y su razon en medio de esta barahunda, dijo que era necesario que se dejaran de cometer tantos absurdos; era el mas sensato del auditorio, y por lo tanto le echaron á la calle. Levántose la sesion, porque todos estos maniacos debian tener grande necesidad de descansar y de refrescarse.

Esta sociedad de convulsionarios no podia quedar confinada en los estrechos limites del Nuevo Mundo. Mistress Hayden la ha trasplantado recientemente á Inglaterra. Mediante cinco guineas, la susodicha pitonisa evoca los espíritus con los cuales se desea conversar. Se toma asiento en una mesa redonda; parece que el mueble hace un papel capital en la secta de los espiritualistas. ¡Qué magnífica coincidencia para los productos y para el progreso de la ebanistería! La sibila interroga al espíritu para saber si está dispuesto á aparecer. Tres golpes son la respuesta de la mesa, lo que quiere decir: «Héme aquí.» Este espíritu solo quiere conversar. Se pone en la mano del curioso una lista donde aparecen consignadas en cuatro líneas las letras del alfabeto, y en otra línea los números desde el cero hasta el nueve. Con este papel, ó una

pluma ó un lápiz el demandante hace una pregunta, ora mentalmente, ora en voz alta: sigue con la pluma las letras del alfabeto una á una hasta que se oyen los tres golpes. Anota la letra indicada, y esa es la respuesta ó al menos uno de los elementos de la respuesta; pues la operacion se reproduce hasta que las palabras de la frase están formadas.—No hay nada mas extraordinario aun entre los sonámbulos; pero no es sobre este particular por lo que queremos llamar la atencion de nuestros lectores; lo que es digno de observarse, es que una secta americana haya tenido la idea de mezclar al ejercicio de la religion estas practicas groseras de charlatanismo, y sobre todo la invencion siguiente, seguramente mas curiosa y las mas admirable que se puede considerar.

No solamente los espíritus contestan á las preguntas que se los dirigen, sino que tambien profesan la propiedad de hacer bailar las mesas, lo que, como dijimos en nuestro número anterior han llamado *table-moring*.

Sobre la danza de las sectas hemos dicho ya lo suficiente; en cuanto á la secta de los espíritus sospechamos que no ha de hallar igual favor en nuestra patria aun cuando se decidiera á visitarnos la famosa Mistress Hayden.

La danza de las mesas.

ARTICULO II (1).

En nuestro número anterior dimos cuenta de este fenómeno reasumiendo todo lo mas notable que sobre él se habia escrito, no solo en nuestro pais sino tambien en el extranjero. Desde entonces á hoy la cuestion no ha adelantado gran cosa en el terreno de la ciencia y ha perdido considerablemente en el de la moda. Mucho nos equivocamos ó no han de pasar dos meses sin que nadie se acuerde de la *cadena de los meniques*. Entre tanto cumple á nuestro propósito, segun lo habiamos ofrecido, copiar á continuacion cuanto en pro y en contra hemos leído en los periódicos de la quincena.

La Francia entera está consagrada á los ensayos del magnetismo, y como los franceses no necesitan para hacer un libro mas que el pretexto, Mr. Felix Roubaud ha publicado uno con el mismo titulo que sirve de epigrafe á este artículo cuya primera edicion, segun él dice, se ha despachado instantáneamente, dando motivo el susodicho libro á que un fabricante de juguetes se ocupe en perfeccionar un aparato para hacer bailar los muñecos por medio de la cadena magnética, á que otro haya inventado pasear los niños sentándolos en los voladores que giran, y á que un tercero, en fin, haya descubierto que en la union de los dedos de dos personas sube y baja el asiento de un taburete de piano dando vueltas la tuerca con tal velocidad, que es preciso mucho cuidado en cambiar el movimiento cuando sube para evitar que caiga y rompa una pierna á los operadores.

El *Correo de Lyon* por su parte ha contado cosas pasmosas de los efectos de las cadenas magnéticas, formadas por los dedos meniques. Uno de los párrafos de su relacion dice así:

«Una de las personas presentes se sentó al piano y ejecutó una polka ó un wals: se dijo á la mesa que bailara, y el mueble se puso á oscilar sin que los pies dejarán de tocar al suelo, por efecto de una ligera falta de equilibrio, pero con perfecto compás. Sus movimientos eran mas pausados, ó mas acelerados segun la viveza del aire de la pieza que se tocaba.» Mas adelante dice: «Se mandó á la mesa que indicara la edad de dos jóvenes, que se encontraban en el número de los operadores; el uno tenia diez y ocho años, el otro ocho; el mueble contestó levantando los pies del lado de la persona indicada, y dando un número de golpes igual al de los años; se le dijo que contara del mismo modo, la hora que señalaba un reloj; dió once golpes. Se le mandó que añadiera el número de minutos: dió veinte y tres golpes: el reloj señalaba en efecto las once y veinte y tres. Se le ordenó que indicara el nombre de una persona, golpeando cuando lo oyera, y habiéndose pronunciado muchos, la mesa permaneció quieta, hasta que oyó el verdadero.» Por este estilo, cuenta el *Correo de Lyon*, y refiere otra multitud de habilidades adquiridas por una mesa despues de haber sido magnetizada por los dedos meniques de siete u ocho personas. Aquel periódico responde de la formalidad de sus asertos, y el artículo en que hace estas revelaciones, está firmado por Mr. Jouve, su director.

El *Dunkerguaise* relata otra maravilla, no sabemos si mas grande ó mas pequeña que las anteriores, pero indudablemente de mas efecto. «Un buque, dice, tenia que virar de bordo en nuestro puerto, es decir, que hacer una evolucion sobre sí mismo. En vez de emplear los métodos ordinarios, la tripulacion se contentó con colocarse en circulo, y aplicó sus manos sobre el puente, teniendo cuidado de formar la cadena magnética por la superposicion del dedo pequeño y del pulgar; despues de algunos minutos de espera, se vió al buque obrar como por encanto la media vuelta deseada.»

Las *Hojas litográficas*, finalmente, dicen: «La pasion, el delirio de los parisienses por los sombreros y las mesas giratorias bajo el impulso magnético, son cada vez mayores. No es lícito dudar de la existencia del pasmoso fenómeno, pues las pruebas de buen éxito son demasiado numerosas para poderlo hacer; pero ni aun es posible chancearse en los salones sobre el lado cómico de los experimentos. Hemos sufrido la intolerancia de muchas preocupaciones y doctrinas; ahora estamos amenazados de la de la magia.» En seguida dan cuenta las *Hojas litográficas*, pero en tono de broma, de muchos experimentos que han dado el resultado de hacer girar con los meniques á bancos, pupitres, coches, volantes de máquinas pesadas, las de molino de viento, etc.

En un periódico francés de instruccion pública, hemos encontrado lo siguiente:

«Las mesas giratorias y los sombreros circulantes, que tan revueltas traen muchas cabezas, han hecho su aparicion en la academia de ciencias de Paris. Fuerza ha sido que el secretario perpétuo (Mr. Arago) diese cuenta de una nota sobre el particular, remitida por Mr. Kaepelin, regente de estudios en el colegio de Colmar. La academia ha negado, no el hecho de la rotacion, que es muy real y efectivo, sino la explicacion que atribuye dicha rotacion á los fluidos electricos, al magnetismo, ó á la mera voluntad.

(1) Véase el número anterior.

«Fuera de la Academia de Ciencias habian sido ya explicados esos movimientos rotatorios por las presiones desiguales que ejercian las dos manos de cada experimentador sobre la mesa, el sombrero ó el objeto cualquiera que se haya escogido. Habíase hecho notar que esa diferencia de presion era tanto mas inevitable cuanto mayor se hacia el cansancio al cabo de los diez, quince ó treinta minutos que á veces son necesarios para determinar un principio de rotacion. Habíase explicado, en fin, el cómo esas presiones levogiras ó destro-giras (á la derecha ó á la izquierda), ejercidas por dos experimentadores puestos uno enfrente de otro, producian lo que Mr. Poinot llama un par (*un couple*), y el cómo el frote y la inercia del objeto comprimido bastaban para dar origen á dicho par rotatorio, aun no siendo mas que uno el experimentador, aun cuando no hubiese nada de cadena eléctrica, y aun cuando el fenómeno no comportase otra explicacion que la que dan las leyes de la mecánica comun.

«El secretario perpétuo ha venido á repetir poco mas ó menos lo mismo, y ha señalado el efecto inevitable de los temblorillos que á los pocos minutos produce el cansancio en los brazos de los experimentadores.

«De esas rotaciones se ha pasado á las oscilaciones, ya planas, ya giratorias, de un péndulo (la sortija y el cabello) suspendido de la mano de un experimentador que sigue con la vista sus movimientos, y esta parte de la correspondencia de la academia ha dado ocasion á Mr. Chevreul, quien no ha mucho estudió este fenómeno con toda la atencion y la sagacidad que brillan en sus trabajos científicos, para dar una explicacion muy satisfactoria. Mr. Chevreul ha dicho á la academia que, encargado de examinar una nota sobre este asunto y la varita adivinatoria, habia reconocido por su propia experiencia, que el ánimo, preocupado con la misma idea del fenómeno anunciado, determinaba, sin participacion de la voluntad, movimientos musculares al principio imperceptibles, que daban ocasion á que se produjese el fenómeno. Ha declarado ademas, que no habia podido libertarse de esa reaccion del espíritu sino vendándose los ojos. Desde que se vendó los ojos cesaron de producirse los fenómenos en el orden indicado: hubo desde entonces un poco de todo: sin regularidad alguna, sin orden, sin direccion determinada.»

En contraposicion de los párrafos anteriores leemos, en la *Presse de Paris* la siguiente narracion, que á ser verídica, no carece de importancia:

«Se comienza á hablar, en el mundo de las mesas, de un experimento con el cual se ha obtenido el grave y significativo resultado de obligar á tres ilustres académicos á creer en la existencia del nuevo fluido. Los nombres de los nuevos adiptos no son ciertamente desconocidos en el mundo científico: son el baron Thenard, Elias de Beaumont y Becquerel. Parece que el ilustre autor del *Tratado elemental de química*, es el que tendió á sus dos colegas este lazo, del cual tratan en vano de desenredarse.

«El experimentador (permítasenos la palabra): era una joven de 15 á 14 años, perteneciente á una familia aristocrática, y que no se distingue en nada de las niñas de su edad. Se asegura que la accion ejercida por la joven sobre un espeso velador de palisandro, despues de cinco ó seis minutos de espera, ha sido tal, que habiéndose sucesivamente agarrado al mueble cada uno de los tres académicos para contener su movimiento, no pudieron conseguirlo.

«Pero lo que ha dado el último golpe á la duda, ya vacilante, de los tres sabios, ha sido la siguiente experiencia que recomendamos á todas las personas dotadas de una gran potencia magnética: habiendo puesto Mr. Becquerel las dos manos sobre la mesa, pidió á la joven que colocara las suyas encima, á fin de ver si esta interposicion impediria la trasmision del fluido. El aislamiento era completo; pero el velador no por eso dejó de moverse con la misma fuerza que antes, aunque tardaron mas tiempo; pues fué preciso un largo cuarto de hora para que el fluido penetrase por los escépticos tejidos del sabio incrédulo.

«Se cuenta, que nada mas curioso que el aspe-to de los ilustres académicos, que salieron inmediatamente despues de esta última prueba. Mr. Becquerel se mostraba muy animado. Mr. Elias Beaumont se hallaba sumergido en una meditacion profunda, en tanto que Mr. Thenard, que se habia dejado arrastrar de la conviccion como un simple profano, se reia socarronamente de las fatigas que pasaban sus colegas en busca de un argumento que les dispensase de creer.

«Si lo que acabamos de referir es exacto, se deduce un hecho muy interesante, cual es: que esta experiencia no puede menos de llegar á noticias de la Academia de Ciencias, y en este caso no podrá pasar á la órden del día sin abrir discusion sobre ella, á menos que los tres ilustres miembros que acabamos de nombrar no asistan en este día á la sesion.»

Finalmente, bajo el epigrafe de *Zoo-magnetiscopio*, d'ce la *Patrie*, periódico francés, hablando del asunto del magnetismo.

«Muy dichosos somos al comenzar nuestro boletín de noticias ocultas, anunciando una nueva invencion tan sencilla como ingeniosa, destinada á poner de manifiesto el fluido humano y su fuerza de atraccion, sirviendo de intermediario entre el magnetismo y la ciencia positiva. Hasta ahora ha permanecido oculto; pero gracias al *zoo-magnetiscopio* que acaba de inventar un joven de Strasbourg llamado Weir, podemos admirar los diversos fenómenos del magnetismo. Vamos á describir este aparato con la exactitud posible, á fin de que nuestros lectores puedan cada uno de por sí construir un *zoo-magnetiscopio* y experimentar á su deseo.

«Se coge un tapon de corcho, se le clava una aguja de coser, no por la punta sino por el ojo, pues aquella debe quedar al aire para servir de eje al *zoo-magnetiscopio*. Hecho esto se toma un pedazo de papel vegetal y se corta una tira de cuatro centímetros de larga y dos milímetros de ancha. Esta tira deberá doblarse por la mitad y cortar exactamente las dos puntas, desdoblándola despues de verificada esta operacion.

El doblez dejará en medio una señal y formando con la tira un ángulo imperceptible se apoyará ligeramente sobre la punta de la aguja procurando equilibrarla.

Descrito ya el aparato, pasemos al experimento. Aproxímese una mano en la misma forma que se pondría si se quisiese preservar á una luz de la fuerza del aire. A los pocos instantes comienza á moverse el papel con mas ó menos rapidez, segun la cantidad de fluido que posea el experimentador. Si es la mano derecha la que opera, vuelve el papel de iz-

quierda á derecha, y si la izquierda gira al contrario. Esta operacion puede repetirse alternando las manos; pero el resultado es el mismo.

El papel azul, empleado en vez de vegetal, causa el mismo efecto.

Este aparato que reúne á la sencillez la mas delicada sensibilidad, es á un tiempo *zoo-magnetiscopio* y *zoo-magnetómetro*, porque de un solo golpe indica la presencia del fluido *zoo-magnético*, la direccion de sus corrientes y la intensidad de estas últimas. Como el *zoo-magnetiscopio* no ofrece ningun género de dificultad en su construccion y está al alcance de todos, le pronosticamos una general aceptacion, felicitándonos por haber sido los primeros en introducirlo en el mundo sabio, así como en el ignorante, al cual pertenecemos.

Verificado dicho experimento en nuestra redaccion, dió los resultados apetecidos, no obstante estar puesta la aguja en el brazo de una silla y ser el papel algo desigual por los extremos. Advertimos ademas que colocadas las dos manos permanecia parado el *zoo-magnetiscopio*.

Concluiremos diciendo que una de las causas que mas han contribuido á resfriar el entusiasmo que tan rápidamente se desarrolló por la danza de las mesas, es el consejo de los profesores de medicina que han considerado en general perjudiciales estos ensayos, para cierta clase de temperamentos, y los casos muy raros de indisposiciones, ataques nerviosos, etc. No falta quien estrañe que no se hable de estos inconvenientes en los periódicos alemanes, la observacion es justa, pero en nuestro concepto tiene una explicacion muy sencilla que se puede reasumir diciendo, que España no es Alemania y que los españoles y sobre todo las españolas, son muy impresionables!

Revista de Variedades.

EL PALACIO DE LA INDUSTRIA EN PARÍS. Nuestros lectores saben que el año venidero de 1856, habrá, Dios mediante, una exposicion universal de industria en la capital de Francia á semejanza de la que hubo en Londres el año 1851 y la que habrá el presente en los Estados Unidos. El local de esta exposicion segun los planos adoptados se compondrá de un inmenso salon de 492 metros de largo sobre 48 de ancho, rodeado de una doble galeria con dos pisos de anchura de 24 metros. La techumbre del monumento se sostendrá por medio de columnas de hierro colado muy ligeras, de suerte que se pueda ver de una ojeada la estension entera del palacio, que tendrá en toda su longitud 254 metros de largo, sobre 108 metros de latitud. Su altura será de 55 metros. Las columnas servirán para el alumbrado y para que corran las aguas. Este monumento de la industria tendrá cuatro grandes entradas en los ejes de las fachadas, y otras cuatro accesorias en los pabellones de los esquinzos.

La pared exterior del palacio será de piedra con 560 arcos, por donde entrará una luz mas clara en los pabellones y en todo el monumento. Este muro circular tendrá seis pabellones monumentales. El principal será el que dará frente á los campos Eliseos, que tendrá una superficie de 1,560 metros. Este pabellon será para el gobierno en las grandes solemnidades. El pabellon del lado del panorama nacional del coronel Langlois será destinado á las oficinas del palacio, en el cual habrá dos grandes escaleras para las galerias de la exposicion del primer piso. Este pabellon ocupará una superficie de 517 metros.

A la estremidad de las galerias del salon principal se verán los cuatro pabellones de los ángulos con las entradas accesorias, donde habrá guarda-ropas, y ademas dos inmensas escaleras de piedra de un efecto monumental, para subir á las galerias del primer piso. La superficie de estos pabellones será de 2,000 metros, 500 metros cada uno. La superficie total de estas construcciones será de 51,919 metros. Será uno de los mayores monumentos que se han visto en los tiempos modernos.

La fachada principal á los Campos Eliseos, se compondrá de una serie de galerias de arcos cortados por en medio de la construccion destinada al gobierno, que se compondrá de un inmenso arco de piedra con un fronton esculpido, con atributos relativos á los artes y á la industria.

El vacío del arco principal se llenará con una decoracion monumental de hierro colado, de un estilo elegante. El arco de la fachada estará subdividido en tres partes, de las cuales dos laterales serán para los que entren á pie, y la de en medio para los carruages. Encima se leerá en un fondo de oro: «Palacio de la industria.»

Alrededor del monumento estaran grabados los nombres de los hombres célebres en las artes y en la industria. En la fachada del pabellon principal habrá medallones esculpidos, donde estaran los bustos de los hombres que honran la Francia.

Los ornatos de los otros cinco pabellones serán adecuados á su importancia, en armonia con el conjunto del monumento. Veinte mil personas podrán entrar perfectamente en el palacio de la industria, en las salas, pabellones y galerias superiores. La techumbre de la sala principal de las galerias y pabellones, será de hierro y de zinc. La luz penetrará en el centro por una inmensa vidriera parecida á la del palacio de cristal de Londres.

Maravillas del arte y de la industria.

IX.

LA PESCA.

La pesca es un género de industria que data desde la mas remota antigüedad, y un ejercicio á que el hombre se dedicó con mas empeño, como que era para él, no solo un placer verdadero, sino un manantial perenne de riquezas. Ya habia gozado el hombre de los dones con que le brindaba la superficie de la tierra, ya habia logrado hacerse dueño de los ani-

males que la pueblan y de los que surcan veloces los aires, bajo la inmensidad de la bóveda celeste. ¿Por qué no habian de contribuir tambien á sus placeres las aguas de que la tierra está cubierta? ¿Por qué no habia de aventurarse á sondear la profundidad de los mares tan avaros de sus dones?

Una vez dedicado el hombre á este género de industria que tanto ha perfeccionado á costa de peligros y fatigas, bien pronto un cebo engañador fué presentado á los habitantes de las aguas, que seducidos por tan falaz atractivo, fueron á encontrar su muerte, allí donde esperaban el placer. Hay ya en el día mucha distancia recorrida desde el primer cebo puesto al extremo de un hilo tenue para pescar diminutos pececillos, hasta la cadena de hierro terminada por arpon de dos ganchos para poner el cebo, con la que los habitantes del Senegal y de las orillas del Nilo, prenden y arrastran mal de su grado á la orilla al feroz cocodrilo.

La pesca no ofreció resultados de consideración, hasta que el hombre pudo abandonarse en frágiles y ligeras tablas sobre el líquido elemento. Viéronse entonces cuadrillas de animosos jóvenes salir de sus habitaciones antes de romper el alba, llevando á la espalda estensas y flexibles redes, marchar presurosos á la playa y embarcarse á vista de sus parientes y convecinos que aplauden y escitan todo su ardor, y no solo explorar las costas, sino lanzarse á la alta mar, rivalizando en audacia, para volver por fin á la noche con una pesca abundante que recompense cien veces sus fatigas. Allí, en el mar, es donde encuentran estos hombres impávidos el pan para su familia; mas, ¡ah! no siempre el triunfo corona sus esfuerzos, y mas de una vez, despues de largas horas de incertidumbre y de espera, la marea deposita sobre la arena de la playa un inanimado cadáver á los pies de un padre anciano ó de una tierna esposa.

Como es natural, los habitantes de las costas y de los puertos de mar son los que hacen profesion de pescadores; porque han comprendido el partido que de su situacion geográfica pueden sacar; pero hay tambien naciones esencialmente pescadoras, y las estensas costas de las Islas británicas, de la Holanda y de la Dinamarca están guarnecidas de barcas de pescadores que disputan á las aves marítimas la presa que ellas acechan con tan constante asiduidad. Los americanos que habitan en las orillas de los grandes lagos, saben, haciendo de la pesca su ocupacion habitual, proporcionarse todas las riquezas que los lagos encierran en su seno, y los esquimales tambien en sus mares de hielo obtienen abundantes pescados cuya carne los mantiene y cuya grasa ó aceite les sirve para el alumbrado. Los naturales de la Groenlandia persiguen á las focas ó terneras marinas hasta en las cavernas que hay á flor de agua, y la pesca de este animal es para ellos uno de los mayores dones de la Providencia. En el mes de mayo y al aproximarse la época de la freza ó desove, se hace en el banco de Terranova, esa considerable pesca del bacalao que constituye un importante ramo del comercio, cuando salado y seco se trasporta á todas las regiones del mundo. No es menos importante y lucrativa la pesca de los arenques que desde los mares polares vienen todos los años á recorrer las costas de Europa. A un simple pescador flamenco llamado Beuckels, se atribuye por los años de 1550 la salazon de los arenques; pero es lo cierto que este género de industria se halla exclusivamente cultivado por los holandeses, que á la pesca y salazon de los arenques deben casi toda su prosperidad. Es increíble el número de embarcaciones que se emplean en esta pesca, que el gobierno mira como una obra nacional, y que por lo tanto se esmera en proteger. En la época de la reza, que es la mas propicia, una verdadera escuadra se

merosas, producen una banda brillante en el seno de las aguas, entonces se tienden las redes, y la pesca es tan fácil como segura, porque el plateado reflejo causa la pérdida del pobre ani-

teras de mar, llegan tambien en número considerable á enriquecer nuestras costas sin que sean suficientes á disminuir este número, ni los buques de pesca, pertenecientes á distintas

naciones que salen á recibir y apresar á los arenques en los mismos círculos polares, ni las pasmosas legiones de dichos peces, que en vez de dirigirse al Mediodía de Europa, tuercen hacia los mares del Japon ó hacia las costas de la América Septentrional hasta la Carolina; pues apesar de este menoscabo los arenques y las sardinas vienen rodeando las costas de la Gran Bretaña, Dinamarca y Holanda, penetran en el canal de la Mancha, en el golfo de Gascuña y en otros golfos y ensenadas de menor cuantía, y llegan hasta las costas del Ortelal y de Finisterre en cantidad suficiente para constituir uno de los principales recursos de los laboriosos y sufridos habitantes de las costas de Galicia. Bien supieron ellos en otro tiempo explotar tan interesante ramo de industria, molestado despues con obstáculos y cargas excesivas, particularmente la del subido precio de la sal. Así es que viendo que los que de antiguo ejercian aquella industria, han cesado en ella y otros muchos se disponen á hacer lo mismo, por ser las cuotas insoportables, el gobierno para no aniquilar esta importante industria de la pesca, ha tenido recientemente que rebajar al término medio de las tarifas de los años anteriores la cuota de la contribucion industrial asignada á los establecimientos de salazon de pescados, medida altamente beneficiosa y muy oportuna en las actuales circunstancias de Galicia y en la situacion aflictiva de aquella provincia en que hoy mas que nunca necesitan trabajo y medios de subsistencia un gran número de familias.

Las tortugas, tan buscadas por su concha empleada en las artes, se pescan de varias maneras, aunque lo mas general es sorprenderlas de noche cuando salen á depositar sus huevos en los parages desiertos. Entonces, para ganar tiempo y que no puedan huir á sumergirse en el agua, los pescadores las dan una vuelta dejándolas tendidas sobre la espalda, en cuyo estado ya no pueden incorporarse. Tambien se cogen con redes de grandes mallas, en las que las tortugas se enredan y perecen no pudiendo salir á respirar á la superficie del agua, y por último, se cogen lanzándolas el arpon, que una vez clavado en el animal, por mas que este huya y se agite, le trae al fin debilitado y moribundo á la barca del pescador.

En la pesca de la ballena es en la que se hace uso el mas ventajoso del arpon, lanzado por manos tan vigorosas como experimentadas. Apenas el coloso de los mares se halla á vista de sus perseguidores, un bote tripulado por audaces marineros se acerca con precaucion, y cuando se halla á conveniente distancia del enorme cetáceo, un pescador que va de pie derecho en la proa lanza el arpon con ese pulso certero que solo adquieren los bien amaestrados en este ejercicio. El animal, sintiéndose herido, huye con pasmosa rapidez y se sumerge en las profundidades del mar, llevándose tras sí el cable adherido al arpon, y á veces tambien la barca con todos los marineros, que siguiendo el movimiento de la ballena es infaliblemente sumergida ó lanzada al aire, ó hecha pedazos por un coletazo de la ballena. Pero cuando las acertadas precauciones de los pescadores evitan estos accidentes terribles, entonces el animal, debilitado por la pérdida de la sangre, cede al fin, el cable afloja, y el cadáver sube á flor de agua, donde flota á merced de los pescadores. En la pesca de la ballena se comprenden tambien la de otros cetáceos de diferentes especies, cuya aparicion coincide con la de los arenques desde el mes de febrero hasta fines de abril; pero la pesca de la ballena es la mas lucrativa y en la que los armadores ingleses y americanos emplean grandes capitales y muchas embarcaciones con numerosa tripulacion.

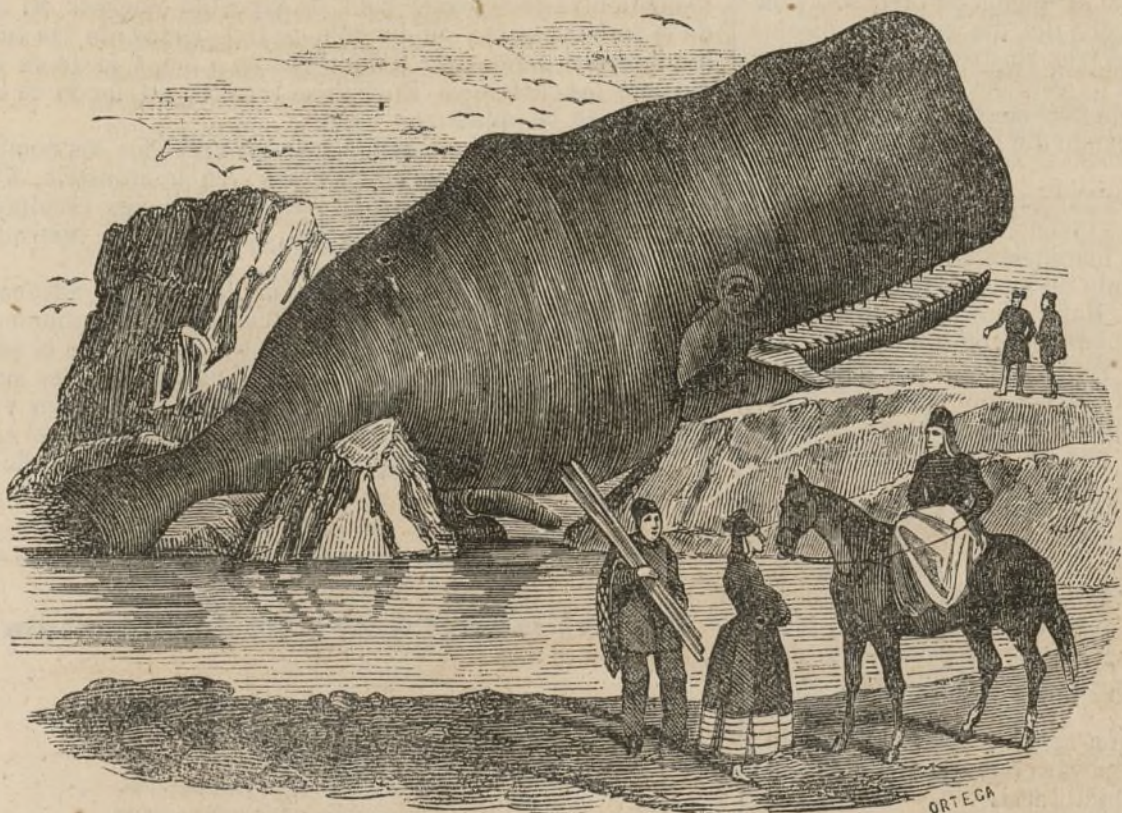


Ballena comun.



Pesca de la ballena.

Pero no es necesario á los habitantes de las costas de la Península española aventurarse en esas lejanas y costosas expediciones para recoger abundante cosecha de sardinas y arenques. Estos dos utilísimos pescados están puestos por la



El fisal cilindrico.

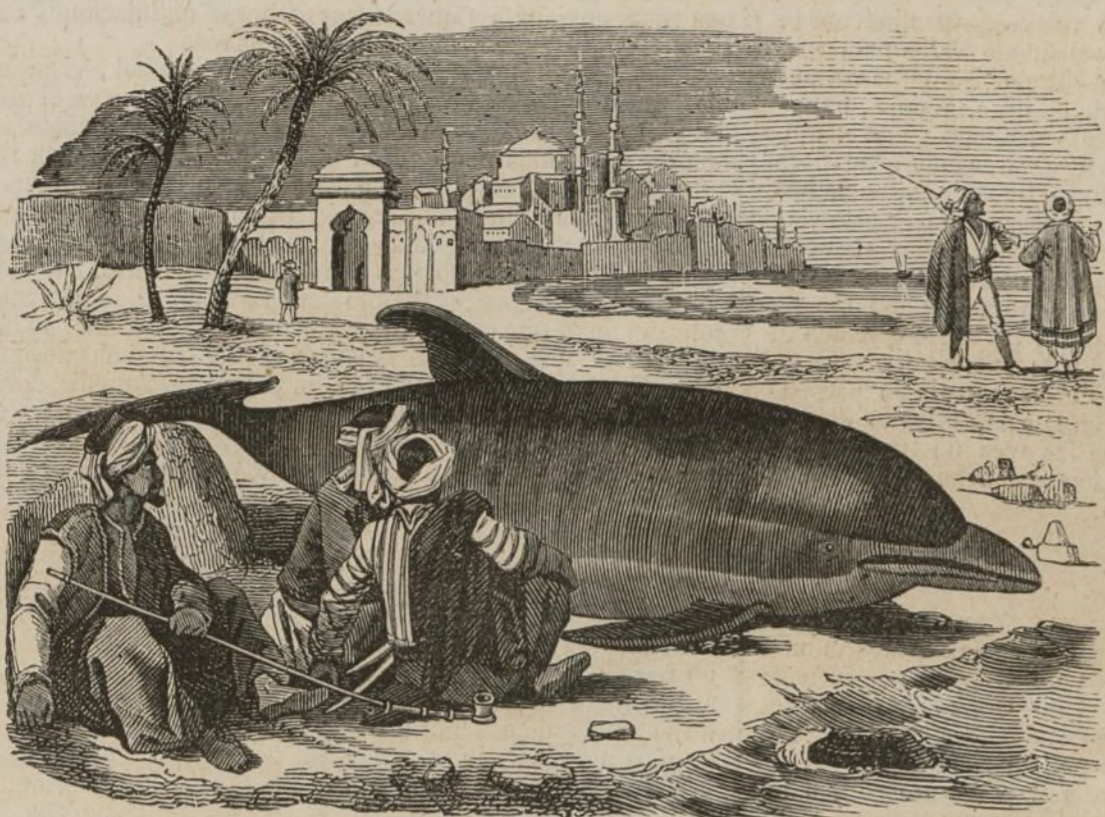


Cachalote comun.

dirige á los mares del Norte, provista de redes, cuerdas, sal, cestos, barriles, y otros instrumentos indispensables, así como de provisiones en abundancia. De noche y cuando las plateadas escamas de los arenques que vienen en tropas nu-

Providencia á el alcance de los habitantes de las costas de Cantabria y de la Galicia. Esas innumerables huestes de sardinas y arenques, que habiendo pasado el invierno en las regiones polares, se ponen en marcha á la primavera cubriendo leguas en-

A pesar de todo lo espuesto, la pesca es todavia uno de los ramos de industria en que hay mucho que adelantar. Los costumbres, viajes y género de vida de los habitantes del agua, nos son casi desconocidos, porque es muy difícil in-



El delfín común.



Escualo sierra.

vestigar lo que pasa en las inaccesibles profundidades que les fueron asignadas por morada; pero a pesar de este inconveniente, el mar es y será siempre para el hombre un vasto almacén de provisiones. En esas aguas acres y saladas es donde viven y engordan los atunes, las merluzas, las anguilas, las lampreas y otros pescados de un gusto exquisito, y sobre todo esas legiones de menudos peces que abundan en las costas de los pueblos del Norte, y que son para ellos tan eficaz recurso cuando la prematura venida de los frios destruye las cosechas antes que lleguen a su madurez. En fin, la pesca es para los pueblos que se dedican a ella un manantial de riquezas mas fecundo que las mas afamadas minas del Potosí. Estas al fin se agotan, pero el Océano es inagotable y nunca dejará de proveer por medio de la pesca a una gran parte de nuestras necesidades.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

El viaje del caballero Conrado, ó el reloj de la eternidad y el reloj del mundo.

Leyenda del siglo XIII.

INTRODUCCION.

Hay ciertas historias de los tiempos antiguos, caídas de los labios de la nodriza sobre la cuna del infante, que la memoria guarda al parecer, con un amor fiel y una constancia singular. Se olvidan en el transcurso de los años; despues, un día, no se por qué, un sueño, el rostro de alguna joven, la espesura de un bosque, una hiladora con su rueca, alguna canción traída vagamente por el viento, os las recuerda, como si las hubieseis oído las visperas; empero, casi siempre, desfloradas de su primera y encantadora lozanía. Son como esas flores que cogidas en otro tiempo, despues de haber gozado de su aroma, se encuentran secas y sin olor entre las hojas de un libro antiguo. Por otra parte, el cuento tiene su puesto en la escena familiar y natural, fuera de la cual pierde en gran parte su mérito y atractivo. Necesita la larga velada de invierno, la noche, el aposento débilmente iluminado por la luz argentina de la lámpara, cual si lo fuese por la pálida claridad de la luna; una vieja con anteojos que le preste su voz temblona, mientras que la leña de Navidad chisporrotea y arde en el fondo del hogar, y el torno en un rincón hace un rumor sordo y continuo, semejante al de una colmena que enjambra.

Hay uno de que me acuerdo siempre, porque encierra un sentido secreto, y porque su leyenda no es mas que el velo de su símbolo.

Me fue contado en Roma por un anciano sacerdote ale-

man, meditador y sin artificio, como lo son en Nuremberg, y cuya memoria venia a ser toda una colección de leyendas que provocaba a dejarse hojear: era uno de esos crepúsculos italianos mas luminosos que nuestros medios días: estábamos sentados en una piedra del acueducto arruinado, en medio del vasto espacio inculto y florido que se estiende entre San Juan de Letran y Santa Cruz de Jerusalem. El toque de oraciones sonaba dulcemente a lo lejos; en el patio de una casa cercana, un *sattarello de minintes* (1) danzaba, los brazos arqueados y los delantales recogidos, al sonoro retumbido del tamboril. De una ventana entreabierta salían los ecos de una ca-

ron. De cualquier modo que sea, me atreveré a presentar al lector este *vergiss mein nicht* cogido en la campiña de Roma, este trago de vino del Rhin vertido en una ánfora antigua.

No pongo cuidado en advertiros si mi cuento es tan auténtico como *Peau D' Ane* ó *la Cenicienta*, y si será contado entre las páginas mas azuladas de ese gran en-folio azul del cielo, donde todos los narradores, desde Voragine hasta Perrault, desde Boccaccio hasta Nodier, han escrito a su vez. Comenzaremos, pues, por ese vago y dulce exordio de las leyendas: *érase una vez*.

I.

Erase una vez un caballero llamado Conrado. Conrado era hermoso, joven, valiente, y el prometido de la hija del señor de Andernach llamada Berta, rubia y de elegante talle como la linda Gela, la querida de Barbarroja. El día del festín de los esponsales estaba ya fijado: el nido del ave de rapina esperaba la paloma; el burgo de Conrado se adornaba para recibir a su castellana como un templo que espera un ídolo. A este banquete habia convidado Conrado a todos los burgraves de las montañas, los landgraves de las llanuras y los margraves de las ciudades. El conde Jorge de Fromberg debia reemplazar al padre de Conrado y presidir la fiesta, porque efectivamente era su verdadero padre; sino por parte de la sangre, al menos por la de adopción: lo habia medido cuando niño sobre sus rodillas, fué su padrino en el doble bautismo de la iglesia y la caballería, y Conrado lo amaba como si hubiera sido su hijo. Entretanto murió en santidad, como habia vivido; porque en cierto modo, era un monje con casco y espuelas, que habia servido a Dios mejor bajo su sayal de hierro, que otros bajo el suyo de jerga; así desde el día de sus funerales, su sepulcro fué mirado como la urna de un santo.

Conrado lo lloró amargamente y por mucho tiempo; la misa dorada de los esponsales cambió sus capas de oro y brocado con las negras casullas de las misas de los difuntos; y las antorchas de himeneo se apagaron para hacer lugar a los cirios mortuorios; mas poco a poco, la joven esposa hizo olvidar al viejo amigo, el lecho nupcial la tumba paterna, y dos meses despues, el retardado banquete esperaba a sus convidados.

El castillo se elevaba sobre el llano de una montaña, y sus almenadas torres lo orlaban como una corona mural. Una pequeña aldea erizada toda de fachadas triangulares, torres y campanarios, como solo se ve en los cuadros de Alberto Durero, se levantaba en la quebrada del valle. Desde por la mañana los convidados de Conrado obstruían los estrechos caminos con sus literas, sus mulas y sus caballos. El enano



La pesca del arenque.

vatina de Rossini, cuyas notas burlonas iban de tiempo en tiempo a mezclarse en el grave relato del anciano sacerdote con una carcajada irónica. ¿Quién sabe si este cuadro extraño y tan poco propicio en la apariencia a la fe solemne y sencilla con la cual deben ser contadas y leídas las leyendas sombrías de la vieja Alemania, no daba a esto mismo un encanto mas? Para juzgarlo, quisiera oír en una noche de nieve y sin luna, bajo la campana blasonada de la chimenea de un *burg* montaños, alguna galante y burlona historia del Decame-

(1) Se llama así en Roma a los jóvenes del barrio Transtiverino y el de los Monti.



La pesca del tiburón.



El tiburón.

puesto de codos sobre la plataforma del torreón, tocaba un cuerno mas grande que él, y saludaba á cada uno de los que llegaban con una sonata de caza triunfal. La magnífica procesion serpenteaba en una larga fila en torno del sendero oblicuo que rodeaba la montaña, para ir á desembocar y perderse en la ancha puerta del castillo. Al ver los pendones carmesíes, las banderas recamadas de oro que el sol tornaba en fragmentos de llama, desaparecer y extenderse en cierto modo en sus negras profundidades, se hubiera dicho ser una fila de antorchas encendidas entrando en una caverna, y bruscamente apagadas por el aliento glacial del subterráneo.

La desfilada duró hasta el medio día; porque á ruego de Conrado, los convidados habían reclutado al paso, invitándolos para el banquete de su parte, á todos los que encontraron en su camino; al hombre de armas como al monje; al vasallo como al señor; al aldeano como al burgomaestre. En esta época, la hospitalidad era aun la reina y la patrona de todas las fiestas. Y aquí séanos permitido saludar de paso á esta grande y santa diosa, que bajo tres espléndidas encarnaciones tiene hasta el día recorrido el mundo: la hospitalidad de la tienda bíblica que se arrojaba ante su huésped, que le adoraba, como dice el Génesis, que se hacia el esclavo del esclavo, el servidor del servidor, desde el momento en que habia pisado su umbral: la hospitalidad del palacio homérico que recibia al extranjero como al enviado de Júpiter, que vertia el jarro sobre sus pies llenos de polvo, que equipaba una nave ó un carro para volverlo á conducir á su patria: la hospitalidad del *burg* alemán, en fin, que á la llegada del huésped, tocaba todos sus clarines, enarbolaba todas sus banderas, abatia todas sus lanzas, y trataba al mendigo, con la etiqueta del emperador. Ahora, es la hospitalidad fría y venal del meson, que acoge al viajero á la puerta de las ciudades y á la vuelta de los caminos. Abraham, Alcinoó, Goetz de Berlichingen, estos tres grandes representantes de la augusta divinidad, no existen; han muerto sin hijos ni descendientes. El mesonero socarrón y codicioso del Gil Blas, sirve solo en el día su templo profano, sobre cuyo fronton ha clavado su enseña, y cuyas puertas, tan francamente abiertas en otro tiempo, conserva encerradas.

Pero volvamos al castillo de Conrado. La comida empezó ya tarde; era uno de esos banquetes homéricos capaces de consumir todo un país. Los ciervos y los corzos dorados humeaban en grandes fuentes de plata blasonadas; de trecho en trecho, un pavo real, este manjar feudal por excelencia, se mantenía derecho y emplumado sobre su percha de oro; servían á la mesa los criados montados en caballos con sus arneses de hierro, que relinchaban y amblaban al rededor de la mesa. Las copas, profundas como cascos, chocaban con las panóplas de los escanciadores, y cada brindis era saludado con una sonata de trompas y cuernos de caza. Se hubiera dicho que era un campo en un día de gala. Agrupados sobre un estrado los menestres y trovadores del dominio de Nuremberg, cantaban á Berta acompañándose de laudes y violas de amor, el dulce poema del lecho nupcial y de la vida doméstica. Los pobres poetas estaban como extrañados en este banquete estrepitoso como una batalla: se les hubiera comparado á una bandada de pájaros cantores anidada en el rincón de una tienda tumultuosa; pero Berta los escuchaba, y al través de todos estos rumores salvajes, el arrullo del amoroso epitalamio llegaba á ella como una brisa en medio de una tempestad. Le aconsejaban que no saliera demasiado pronto de la torre del homenaje para ir á las misas matinales, por temor de que los Elfos, que danzan á la primera caída de la nieve, no se la llevarán para hacerla su reina; que nunca se bañase sola por el estío en el Rin, por no esponerse á que un ondino se precipitase sobre ella, y la arrastrase á su gruta de conchas para hacerla su ondina. Le decían los nombres de todas las hadas y Willis del calendario cabalístico, buenas ó malas, bellas ó feas, esbeltas ó corcobadas, por miedo, añadian, de que en el año próximo no fuese á olvidar una, cuando ella las convidase á todas al bautismo de su primogénito, pues el rencor de las hadas es terrible, porque se hacen las hechiceras perseguidoras de todos los infantes de quienes no son madrinan.

Al escuchar todas estas lisonjas del *lied*, Berta sonreía y se sonrojaba mirando á Conrado.

De repente, en el momento en que la fiesta estaba en toda su pompa y alborozo, se oyó el cuerno del vigía arrojar un grito ronco y espantoso, como el que lanzó la trompa de Rolando en Roncesvalles: los caballos se encabritaron relinchando de un modo terrible; se oyeron á manera de unos pies metálicos subir pesadamente la escalera: despues la puerta se abrió por sí sola como impulsada por el viento, y se vió entrar un caballero armado de pies á cabeza y calada la visera de su casco.

Cuando estuvo en medio de la sala, saludó con un gesto á los convidados, y levantó lentamente su máscara de hierro; todos lanzaron un grito. Era el conde Jorge de Fromberg.

II.

No presentaba el aspecto de un difunto saliendo de su tumba; su frente no tenía la palidez de los muertos, y sus ojos no parecían ciegos por el pesado sueño del sepulcro. Tomó asiento en la mesa cerca de Conrado, con el aplomo altanero de un rey en la morada de su huésped, y le dijo: Conrado, me habías convidado al festín de tus esposales, y aquí me tienes. Despues tomó una copa, la tendió al escanciador y la llevó á su boca; pero el vino se evaporó como el humo entre sus lívidos labios. Cuando estuvo vacía se levantó y repitió: Conrado, cuando yo vivía, uno de nosotros era alternativamente el huésped del otro, y de tu castillo al mío, nuestras copas cambiaban sin cesar fraternales brindis; tú me has invitado á comer contigo, y he levantado la losa de mi sepulcro para cumplirte la palabra. Conrado, yo te invito á mi vez; quíeres venir á cenar conmigo?

Berta espantada se estrechó contra su prometido y le dijo: no vayais ¡oh monseñor! si me amais.

Conrado la tranquilizó con una mirada y respondió: Monseñor, sé que sois un santo, y que no es á la mansion de Santanas á donde me citais; pero, donde quiera que sea, quiero vivir, sino es por mí, al menos por Berta; tengo miedo de que el sepulturero no sea en el día el portero de vuestro castillo. —Partirás vivo y vivo volverás. —¿Y cuando iré? —Dentro de un mes, el día de Pascuas. —Pero ese es el día de mi matri-

monio. —¿Qué importa! —¿Y cuándo volveré? —Partirás por la mañana y volverás por la tarde. —Diciendo estas palabras, una sonrisa en que se percibía una singular ironía pasó ligeramente por sus labios. —Al salir de la misa, añadió, hallarás á la puerta de la iglesia un caballo ensillado y enfrenado, y dos de mis pages; lo montarás y te dejarás conducir; pero ten mucho cuidado de que antes de partir, la penitencia haya purificado tus faltas; porque es necesario hacer este viaje para que tu alma esté pura é inmaculada, como para una peregrinación á la Tierra Santa. —¿Y encontraré á Berta? —En la misma tarde. —Y bien, ó monseñor, oh padre mío! me fio de vos suceda lo que suceda: acepto y partiré. —¿Me das tu fé de cristiano? —Mi fé de cristiano y de caballero.

En este momento las luces palidieron como en presencia del sol; un rayo de luz entró en la sala, el gallo dió un grito exorcístico que hizo retirarse las aves nocturnas y los espectros, y súbitamente la aparición se desvaneció en la vaga y blanca niebla del crepúsculo.

III.

Un mes despues, el día de pascuas, Conrado salía de la iglesia dando la mano á Berta, en cuyo dedo brillaba el anillo nupcial. El matrimonio acababa de celebrarse, y en su contento, el joven habia casi olvidado la cita dada por el conde. Empero bien pronto le fué forzoso recordarla, porque la primera cosa que hirió su vista, fué un palafren blanco de una belleza fabulosa, que relinchaba al pie de las gradas del pórtico del templo. Su jaez era de una magnificencia sobrenatural; sus herraduras eran de oro y mordía un bocado de plata cincelada; una enorme pluma del pájaro del paraíso, ondeaba sobre su cabeza cubierta de una toca de terciopelo carmesí; la silla era de brocado y dejaba caer en grandes pliegues hasta la tierra, su mantilla historiada con las armas de los Fromberg, que llevan en campo azul, un ciervo de oro de frente, la guarnición dentriculada y con roeles gules. A algunos pasos de allí, dos caballos exactamente iguales y con el mismo caparazon, estaban detenidos de las bridas por dos jóvenes pages de una gracia y una belleza divina. Se aproximaron á Conrado, le saludaron sonriendo y se prepararon á montar, haciéndole señal de que hiciera como ellos. Al ver esto, Berta palideció, lanzó un grito y cayó casi desvanecida en los brazos de la camarista que llevaba la cola de su vestido. Era este grito tan desgarrador, que turbó á Conrado como un presagio de funesto augurio. Dudó un instante, pero recordando su juramento, su fé dada de caballero y de cristiano, se inclinó hacia la joven y la dijo: señora, amiga mía, mi palabra dada á un muerto vale como dos dadas á un vivo. ¿Qué teméis? Los finados no mienten, y monseñor Jorge me ha prometido que volveré esta tarde. Voy á buena parte á lo que parece, porque estos pages no tienen el aire de ser de la castellanía de Belcebú. Sosegaos, entrad en el castillo y esperadme en vuestro oratorio rogando á Dios, y haciendo recitar á mi capellan la oración *pro viatoribus*. —¡Oh monseñor! murmuró Berta, tengo miedo, mas á pesar de todo os esperaré. In *secula seculorum*, entonó una voz que salía de los asientos lejanos del coro. Nada mas simple á la verdad: esta voz era la del arcipreste que salmodiaba la última antifona del ritual; pero el versículo del salmo, resonó en los oídos de Berta como el encanto de un amenazador horóscopo; su frente palideció, sus ojos se cerraron y cayó diciendo palabras ininteligibles. Conrado sintiendo desfallecer su valor, depuso en los labios de su joven esposa un casto y ardiente beso, saltó en la silla, hizo señal á los dos pages de que estaba dispuesto, y los tres caballos partieron al galope como tres flechas lanzadas de un mismo arco por un mismo arquero.

Entretanto, sus dos guías lo adelantaron bien pronto; intentó alcanzarlos, pero fué en vano; sus espuelas se embobaban en el huir de su caballo, que parecia obedecer la orden de los que lo habian conducido, siguiéndolos á cierta distancia. Como no los perdía de vista, Conrado soltó la brida y dejó ir su cabalgadura al paso que quisiese tomar. Atravesaba en este momento las últimas calles del pueblo; los habitantes, admirados de ver partir á su joven señor el día de sus bodas se agolpaban á su paso; los ancianos le saludaban, las jóvenes sonriendo le enviaban besos con la punta de sus dedos. «Monseñor, le gritaban, cuando volveréis? —Esta tarde, respondía, esta tarde.» En el momento en que iba á atravesar el puente levadizo, una vieja calva y decrepita como una parca, que pasaba en el país por frecuentar los conventillos de Broken, estaba acurrucada en el umbral de su puerta, y desenmarañaba con sus dedos arrugados, el cáñamo enmarañado de su rueca; lo miró de arriba abajo al pasar, con su vista de arpa, murmurando entre dientes estas cuartetas con una voz ronca y temblorosa como la rueda de su torno.

Dale á tu novia adorada

Un huso como una encina

Para ver si á hilarlo atina,

Antes que vuelvas, señor.

Por el cielo que hasta entonces

El tiempo no ha de faltarle;

¡Oh! tiempo tendrá de hilarle

Antes de ver á su amor!

Despues lanzó una salvaje y bronca carcajada. Esto encolerizó á Conrado; se acordó del renombre de hechicera y de Strygia de esta vieja hada, prometiéndola denunciarla al provisor y hacerla quemar, si era reconocida culpable, en una hoguera compuesta de todos los mangos de escoba en que se habia montado. Pero el pensamiento de Berta disipó bien pronto el de la Pitonisa; la dulce ilusión alejó la horrible pesadilla, y la nube que habia en su alma se desvaneció.

Algunos minutos despues, penetraba en pos de sus misteriosos conductores en una vasta selva llena de dédalos y laberintos, donde él cazaba con frecuencia, aunque sin haber podido hallar jamás su término. Eran los primeros días de la primavera; el musgo reemplazaba á la nieve y los árboles habian recuperado su verde florecencia. La cabalgata se habia internado en un sendero ceñido de setos con flores, que el bosque conducía tortuosamente en la noche de sus espesuras y á la luz diurna que dejaba ver en sus claros.

El tañido pascual de las campanas resonaba dulcemente á lo lejos, y el eco del bosque, desde la honda concavidad de

una roca, enviaba á Conrado sus sonoras ondulaciones con sus retintines y sus cadenciosos repiqueos.

Poco á poco el silencio, la sombra, la soledad, el armonioso susurro de las hojas de los árboles, vertieron en el alma del joven un adormecimiento misterioso. Pensamientos solemnes y serenos penetraban en su alma, y á medida que avanzaba en el bosque, le parecia entrar en las profundidades de una grande iglesia; un ruido que procedía de un hueco que hacia la arboleda vecina, lo sacó de su estupor. Era una campana; pero una campana discordante, cascada, cubierta de orin por el tiempo, cuyo badajo se amortiguaba sobre el forro que el liquen habia formado cubriendo su borde interior, que el viento balanceaba con sacudidas desiguales, cual si fuese impulsada por un campanero medio dormido. Era la campana de una ermita, cuya cruz de madera nudosa vió Conrado bien pronto aparecer al través de las malezas. El ermitaño se paseaba á corta distancia debajo de unos árboles de gran tamaño, leyendo sus horas en un misal medio oculto bajo su blanca barba. Era tan anciano, que sus pestañas caían sobre sus ojos y lo cegaban. Hubiérase dicho ser un padre de la Thebaida trasportado de su celda arenosa sombreada de palmeras, bajo los verdes abetos de la Suabia. La vista del presbiterio rústico, le hizo acordar á Conrado un pecado que olvidó en la confesion de la mañana. ¿Quién sabe? Algun beso, sin ser aun el esposo, robado en el delirio de su amor; alguna mirada indiscreta antes de tiempo; uno de esos pecados que se confiesan; pero de los que es imposible arrepentirse. Como si hubiesen tenido la conciencia de su pensamiento, ambos guías se detuvieron como dos estatuas ecuestres. Confirmado en su propósito por este extraño asentimiento, el joven echó pie á tierra y rogó al ermitaño que oyese su confesion: arrodillóse al pie del tronco nudoso de una encina caída, agreste confesonario de la ermita, y la absolucion del anciano cenobita hubo bien pronto exorcitado el diablo enamorado, que pensando que no se cuidaria nadie de él, habia quedado agazapado en el fondo de su alma. Puro en adelante como un ángel, Conrado volvió á montar en su caballo y los tres viajeros se pusieron en camino.

Pero esta vez la carrera habia centuplicado en velocidad: el caballo de Conrado parecia correr bajo el chasquido de látigos invisibles; hubiérase dicho que era el caballo águila Pegaso. Era un galope desatinado sin sujecion, rápido como un vuelo, deslumbrante como un relámpago, que resonaba sobre el suelo como sobre un yunque, y tronchaba las ramas de los árboles al paso: los rasos del monte se sucedían unos á otros, los matorrales á los matorrales, y el camino huía bajo los pies de oro del palafren, como si barriesen un rastro de polvo.

Hubo momentos en que podía creer que cabalgaba sobre una nube. Despues, á medida que avanzaba, el bosque tomaba un aspecto extraño y se poblaba de apariciones. El paisaje presentaba un sentido y se cambiaba en viva y milagrosa parábola; las flores de la pasión estrellaban los vallados con sus sangrientos geroglíficos; los ciervos llevaban crucifijos entre sus cuernos como el de San Huberto; todos los animales del simbolismo místico, pasaban á su vez ante sus ojos. El águila del éxtasis se cernía fijando el sol en la inflamada atmósfera; el pelicano de la caridad amamantaba sus polluelos á los sangrientos pechos de su llaga; enhiesta sobre la punta de una roca, la grulla, emblema de la vigilancia monástica, tenia cogida la piedra que le impide dormir; mientras que la colmena y el hormiguero, cantados por Salomón, hacían presa de la miel, de las flores y del grano de las veredas. Cuanto mas avanzaba, la vision tomaba un caracter mas sobrenatural; los pájaros extraños que habitaban en el cielo fantástico del Apocalipsi, volaban alrededor de su cabeza; despues, cosa maravillosa, los dos pages parecieron haberse trasformado, y se le figuró ver grandes alas blancas batir en sus espaldas, á través del ramaje.

Todo esto habia comunicado el vértigo á Conrado; pero un vértigo sin espanto y sin dolores; las ideas pasaban en su cabeza como sueños y se dejaba llevar por este mundo visionario, sumergido en una especie de deslumbrante éxtasis. En esto vió empezar á aparecer de pronto en lontananza, y al estremo de la senda, un pedazo de cielo inflamado. El bosque se fué aclarando poco á poco; los árboles se apartaron y desaparecieron, y aquello que no era mas que una titilacion como la de las estrellas, se convirtió en una hoguera ardiente, que incendiaba el horizonte á la manera de una puesta de sol: despues esta llama creció y lo cubrió como una muralla flameante, como una puerta espléndida; en el momento mismo Conrado se sintió arrancado de la silla y con los pies en el suelo; dos espíritus alados y resplandecientes se hallaban en su presencia; la celestial puerta abrió sus hojas luminosas, y se cerraron en pos de él con un ruido semejante al del trueno.

Los dos pages eran dos ángeles, y Conrado entraba en el paraíso.

IV.

Castas visiones de los autores de leyendas, sencillo *paradiso* de los místicos, ¿cómo contar vuestras maravillas? Vuestras cándidas ilusiones que nos hacen sonreír dulcemente, pueden encontrar en nosotros otra cosa que intérpretes zumbones, y podemos respirar sin marchitar las flores del jardín místico? El cielo donde la leyenda hace entrar á Conrado, no era ni el cielo espléndido del Dante, ni el grandioso de Milton; no era el que la edad media imaginaba desde el fondo de las celdas de sus monjes y de sus ascetas; el cielo de sus pintores y sus poetas; de sus misterios y de sus iglesias; el cielo de los cuadros con fondo de oro de Van Eyck y de Fiesole. ¡Mirad! Alla lejos el Padre Eterno con la vestidura de emperador, sentado en su trono al lado de Cristo; hollando con sus pies la media luna, María contempla á su Hijo con los ojos inundados de amor; sobre su cabeza arroja deslumbrante luz una aureola de estrellas; innumerables angelitos, graciosos como pajarillos, juegan y revolotean en derredor suyo. Mas lejos, querubines con dalmáticas de brocado, de pie sobre sillitas de oro de plata labrada por San Eloy, cantan los salmos de la liturgia celeste. Santa Cecilia acompaña con el órgano el angelico coro; al canto de la inefable *Aleluia*, los serafines, panaderos y cooperos de la eterna cena, distribuyen el pan y el vino Eucarístico al pueblo arrodillado de los elegidos. Asi es como la edad media se representaba el paraíso de su fé y de sus esperanzas, en la iglesia trasportada al cielo y en la catedral transfigurada.

V.

Una hora después de su entrada en el cielo, se halló Conrado sin saber cómo, transportado en medio del bosque, al lado del caballo que lo había conducido. El éxtasis y el deslumbramiento, habían ofuscado su memoria, y esta hora que había pasado como un segundo, se iba desvaneciendo de su espíritu como el primer sueño de una larga noche. Recordaba vagamente haber sido recibido a su llegada por el conde Jorge, a quien había hallado vestido con la armadura luminosa de las gerarquías militantes, acaudilladas por su glorioso patron, y haberse paseado entre los ángeles, sentado en el banquete sagrado, orado, contemplado y adorado; mas sus recuerdos lo sumergían a medias en las sombras, y a decir verdad, no estaba muy seguro de que su viaje emprendido desde por la mañana, no fuese otra cosa que un sueño. Una nueva aparición vino, no obstante, a probarle que no dormía: apenas levantó la cabeza, apercibió un alma bienaventurada en el camino para el cielo. Era una mujer; un grupo de ángeles la llevaban reclinada entre sus brazos, y bajo el batido de su vuelo; pero no pudo ver su rostro porque la asunción alada subía, subía siempre, y se perdió bien pronto en el azul sin fondo del firmamento.

Conrado volvió a montar en su caballo, que partió al galope, y el movimiento de la carrera, el aspecto del bosque que volvía a serle familiar, y del que comenzó a conocer los frondosos grupos y los claros, disiparon bien pronto la nube fantasmagórica al través de la cual su pensamiento erraba a tientas. Cosa singular: todas las figuras deslumbrantes de su visión, no habían llegado a desterrar de su alma el fresco y gracioso semblante de Berta; ella se le aparecía, por el contrario, mas bella, y en cierta manera transfigurada en la doble pompa de las bodas terrestres y eternas. Las seis alas color de sol que había visto estremecerse en las espaldas de los serafines, cubrían su dorso; el diamante del anillo nupcial que puso en su dedo por la mañana, se había trocado en estrella; la flor del azahar del matrimonio con que había engalanado sus cabellos, exhalaba emanaciones de incienso; y la aureola de oro fino que luce en la frente de las santas, había reemplazado a su corona condal de piedras preciosas, sacada para la solemnidad del antiguo guarda-joyas de la familia. De esta manera pasaba sin violencia de lo fantástico a lo real y positivo. No era una mujer la que iba a volver a encontrar, era un ángel; no era Berta, era Santa Berta a la que él recordaba haber visto a los pies de la Virgen hilando, y torciendo, como hacia durante su vida, una rueca encantada que nevaba rosas, como un rosal agitado por el viento.

Habían transcurrido cuatro horas desde el medio día, así el conde cumplió su palabra: al caer de la misma tarde se encontraría en el castillo. El sol descendía al horizonte, una media luz crepuscular iluminaba dulcemente el bosque; la luna llena se elevaba con lentitud, serena y plateada, a otro punto del cielo. ¡Oh! pensó Conrado, mi luna de miel es la que veo nacer. Este pensamiento lo enagénó de amor y de deseos, espoleó fuertemente su caballo que por esta vez correspondió a su impaciencia.

Cuando estuvo en el lugar en que se había detenido por la mañana, no quiso pasar adelante sin darle gracias al anciano ermitaño, y contarle algunas de las maravillas de su peregrinación apocalíptica. Echó pie a tierra, y se encaminó hacia la ermita. Un terreno lleno de malezas le impidió el paso; pero unas malezas espesas, embrolladas, impracticables, que erizaban contra él sus espinas y sus agudos cardos, a manera de una vanguardia de ejército sus puntas y picas y el hierro de sus lanzas. ¡Por San Jorge! pensó Conrado, he aquí una maleza que ha brotado prontamente! La penetró con gran trabajo a cuchilladas, y consiguió llegar al otro lado. Pero la ermita había desaparecido; sus ruinas estaban enterradas a flor de tierra; no era mas que un repecho donde la malva, el albol, la genciana, todas las flores silvestres se hallaban tendidas, abiertas y exalando su perfume sobre un lecho de musgo. A un lado yacía la campana; un magnífico ramillete de flores crecía y se introducía en su cúpula llena de tierra, humedecida con el rocío. Se hubiera dicho que una de esas hadas rústicas que herborizan a lo largo de los bosques, encontrándola por casualidad, se había complacido en hacer de ella a un golpe de su varita, una maceta de flores salvajes. Mas lejos, una cruz hecha de dos ramas de árboles, estaba plantada en una suave ondulación del terreno, que partía del tronco de una encina, prolongándose en forma oval; esta cruz tenía encima una plancha de cobre, donde Conrado leyó con gran trabajo esta inscripción escrita con letras medio consumidas por el orin:

Hic jacet
Dom.
Meinhradus,
monachus ordinis eremitarum silvestrium.

Esto hizo meditar a Conrado: la sorpresa lo detuvo un cuarto de hora con la cabeza baja en el mismo lugar, ocupado en buscar la solución de este singular enigma; pero había visto desde por la mañana tantas cosas increíbles y fabulosas, que este nuevo prodigio no le inquietó en gran manera. Después de haber andado toda una noche entregado al sueño, ¿hay de qué asombrarse por ver en él un fantasma mas? Subió de nuevo en su cabalgadura y arrancó a escape.

VI.

El sonido lejano de una campana le advirtió también la proximidad del pueblo; pero esta vez no era la alegre y bulliosa música de la mañana; era un doble, triste y sordo, que resonaba en el aire como un largo gemido; se asemejaba a la trompeta de la muerte, y en efecto, esta campana era la que tocaban en las agonías y los funerales. Alguien ha muerto hoy, dijo para sí Conrado; ¿quién será? Y repasaba interiormente los nombres de todos los ancianos que había dejado con un pie en el sepulcro.

Un momento después, pasaba el puente levadizo y hacia

su entrada en la villa. Pero he aquí una cosa bien particular; nadie lo reconocía; ni él por su parte tampoco conocía a nadie; ninguno le saludaba al paso; las gorras y capirotos quedaban insolentemente caladas hasta los ojos, que lo contemplaban con miradas de extrañeza. ¿De qué provendrá esta villanía, dijo para sí Conrado, y quién me ha cambiado mi villa? Pero la vista de su castillo, que muy pronto distinguió, y cuyas torres, negras por la multitud de cuervos que en ella posaban, se destacaban sobre el azul nebuloso de la tarde, absorbió toda su atención. Observó de lejos los vidrios de la capilla brillar como un punto luminoso; la entreabrió con el pensamiento, y vio allí a Berta arrodillada en su reclinatorio pensando en él, rogando por él, volviendo y revolviendo en su pequeña y blanca mano el lento reloj de arena de la ausencia. Esta dulce visión le hizo lanzar un grito de alegría que pareció escitar su caballo como un sonido de clarín.

En un abrir y cerrar de ojos, el maravilloso animal trepó hasta lo alto de la montaña; un gerifalte no la hubiese subido con mas viveza. Pero ¿qué vio? Nada de rastrillo, nada de puente levadizo; los fosos habían sido cegados; en lugar del ancho pórtico abovedado con piedras talladas, habían abierto en el muro una pequeña puerta estrecha y baja como una lumbrera; una alda forjada en forma de cruz pendía en el centro. Conrado, fuera de sí, llama; el roce de sandalias arrastrando por el suelo llega a sus oídos; un postiguillo se entreabre y una mirada oblicua, lanzada por un ojo en que se ve la malicia de Judas, lo examina; en fin, el portero misterioso se decide a abrir; es un monge, un verdadero monge vestido con un sayal, ceñido de su cordon, cubierto con su gran capucha, calzado de sandalias. ¿Quién sois vos, y qué queréis, caballero? pregunta con una voz gangosa. ¿Quién soy y qué quiero? ¡Pardiez! me agrada la pregunta; pero ¿quién sois vos, vos mismo que habláis? ¿Tomais mi castillo por un convento? Yo soy Conrado, el conde de este condado, el señor de este señorío, el burgrave de este burgo; vengo a buscar a mi mujer, la muy alta y poderosa condesa Berta de Andernach, con la cual me he casado esta mañana, y que me espera en la capilla, y tengo un gran deseo, diciendo una palabra a vuestro abad, de hacerlos colgar alta y prontamente en la horca de mi feudo, para enseñaros a que os cois como un intruso entrándoos en una castellanía, e impedir a su castellano que entre preguntándole: ¿quién sois? El monge pareció no comprender nada de toda esta cólera. Señor caballero, respondió mirando a Conrado con un aire atónito, ¿estais soñando, u os burlais de un pobre religioso? Esta casa no es castillo, es un convento de camaldulenses cuyo portero soy. Nunca ha habido aquí mugeres, porque la entrada en el convento les está prohibida a todas ellas, sean las que fueren, jóvenes o viejas, damas o criadas, dice la regla. Sin embargo, una hay en la capilla, añadió con un acento burlon, no creo que sea ésta la que buscáis. Conrado se creyó sumergido otra vez en el abismo de visiones de que salía; mas pensó que ésta provenía del diablo que quería hacerle pagar el gusto anticipado que había tenido en el paraíso, por una burla infernal, y los perfumes de incienso que había aspirado, por algunas bocanadas de azufre. Sabía que una de las chuscadas mas comunes de Belcebú, consistía en disfrazarse de monge; y el hábito monacal, era el disfraz de elección en el vestuario de su carnaval. ¿Quién quiera que tú seas, exclamó con una voz terrible, hombre o espectro, monge o demonio, sabe que nadie se burla impunemente de un caballero, y que su espada bendita vale tanto como el hisopo de un exorcista. Como hiciese ademán de sacarla, el hermano espantado exclamó: ¡deteneos, señor, deteneos! Voy a llamar al prior. ¡Oh! hay un prior, dijo Conrado; y bien, sea en hora buena; tengo deseo de verlo. El monge partió corriendo, y Conrado entró con frente erguida y haciendo sonar su espada sobre el emboaldoso. En efecto, era su castillo, pero no lo era ya. Instalándose en el convento, se lo había asimilado; la casa ascética había labrado la casa guerrera a su imagen; la había desarmado, por decirlo así, pieza por pieza de su panoplia, para revestirla en su lugar, mal o bien, con el hábito de su orden. Figúrase una austera canonesa a la cual un paciente suyo, hombre de armas y batallador, le hubiera legado su torreón por herencia. La venerable y discreta persona santificará y convertirá lo mejor posible la profana vivienda; de la cueva hará el oratorio; descargará la trompa de caza para colgar el crucifijo; donde estaba el aguamanil, colocará la pila del agua bendita, el salterio y el breviario de la orden tercera, ocuparán el lugar del *Lancelot* y del *Libro del rey Modus*. Así se había arreglado el convento. La galería del juego de pelota se había convertido en un claustro con arquería; la mula del limosnero pacía el césped del patio transformado en vergel; en la sala de armas estaba entonces el capitulo, y entreabriendo la puerta de la sala de estrado, Conrado vio prolongarse en fila las mesas frugales del refectorio. Subió a la torre inmediata que había sido separada en dos partes por una pared. Cuando estuvo en lo alto de la escalera, percibió a sus pies una abertura redonda y ancha llena de tinieblas, que le enviaba un débil gemido. Este agujero eran los calabozos del convento; esta voz lamentable era la del monge condenado al pan de la amargura y al agua de las angustias, que había sido enterrado allí y que cantaba el *de profundis*; la salmodia de los reclusos subía trémula y cascada desde el fondo de la *in pace*. ¡De profundis!

Volvió a bajar casi huyendo la escalera, y se halló algunos pasos de allí ante la puerta de la capilla agrandada y convertida en Iglesia; las palabras del monge le vinieron a la memoria; entró con el corazón palpitante de un resto de esperanza. La nave estaba colgada de negro. En medio, bajo la lámpara, una mujer, una muerta, estaba tendida, con la cabeza descubierta, en los sudarios de su catafalco. La campana que Conrado había oído de lejos a su vuelta, doblaba probablemente sus funerales. El monge tenía razón; no era la que él buscaba.

Era la abadesa de un monasterio, como lo indicaba el cayado pastoral cogido con su mano helada y una sortija pasada a su dedo, cuyo engarce estaba vuelto; pero que sin duda debía ser el anillo abacial. Su ancianidad parecía fabulosa; evidentemente era centenaria, y con dificultad el cementerio aumentaría la terrible fealdad de este cadáver que le arrojaba el claustro. Era una de esas figuras que solo se ven en los monasterios y en los cuadros de Zurbarán. Basta figurarse un rostro amarillo, macerado, contrito, lleno de arrugas, ojos quemados por las lágrimas, una boca hundida por los ayunos, un talle encorvado por el cilicio, un cuerpo todo

desmembrado por la lenta tortura de la penitencia. Veías tan solo cierta llama interior que iluminaba su frente en medio de las sombras, a la manera del último reflejo que despidió la lámpara del alma, de la Psiquis arrebatada por los aires.

A la vista de esta máscara decrepita, Conrado retrocedió palideciendo, espantado de hallarse siempre a cualquier lado que se volviese, frente a frente con cosas terribles. En este momento, el hermano vino a advertirle que el prior lo esperaba en el patio, y se encaminó allí precipitadamente.

Era el prior un agradable anciano de alta estatura, de mirada penetrante y aspecto meditabundo; una capucha blanca caída, encerraba maravillosamente su gran frente calva. Se le hubiera reconocido a su solo continente por el rey monástico del claustro. A su vista, Conrado, de quien el vértigo comenzaba otra vez a apoderarse, sintió su orgullo de castellano humillarse a pesar suyo, y saludó profundamente al que había resuelto reprender como a un vasallo insolente. El prior hizo un gesto de sorpresa al verlo, le saludó con un aire de respeto misericordioso y le dijo: «Padre mio, seais nuestro huésped bien venido, y si teneis alguna cosa que decirme, hablad que va os escucho. Y permaneció ante él con la cabeza inclinada en la humilde aptitud del discípulo que está ante su maestro. Conrado se sorprendió de dos cosas: la primera de oír a aquel hombre de barba cana llamarle padre mio; la segunda de ver este viejo abad tonsurado, inclinarse de este modo ante sus rubios cabellos. Mas hacia mucho tiempo que se había acostumbrado a las sorpresas. Respondió dulcificando la voz lo mejor que pudo: «Muy reverendísimo abad, me llamais vuestro huésped y sois el mio. Este castillo es mio, yo soy su dueño y señor; me llamo Conrado y vengo a unirme con mi esposa Berta que me espera.» El abad sonrió dulcemente y le dijo: «pero señor esta casa no es un castillo, es un convento donde soy, aunque indigno, el prior y el guardian. Conrado se irguió y exclamó con una voz aterradora: «cuidado, padre mio; aquí pasa una cosa terrible: vos sois, o el compadre o el juguete de Satanás: el nigromántico de sus sortilegios o el charlatan de su comedia. ¿Qué quiere decir esto? Yo he partido esta mañana, vuelvo después de seis horas de ausencia; había dejado un feudo y me encuentro un convento; hombres de armas, y hallo monjes; torres almenadas y encuentro tumbas; una esposa de quince años y hallo una monja secular. Si sois un espectro yo os exorciso *in nomine Patris et filii et Spiritus sancti*, y se santiguó. Si sois un mágico, convocad vuestros frailes con pies de macho cabrio, e idos de aquí con todos vuestros sortilegios; sino cuidado con la hoguera del provisor.»

El monge lo consideró con una mirada mas bien compasiva que irritada. «Señor, le dijo, vos delirais. Soy un sacerdote y no un nigromántico, un exorcista, y no un hechicero: os he dicho la verdad. Hace cien años que este castillo está sin señor, y noventa y cinco que se ha convertido en monasterio.

Había llegado andando ante un vivero de peces, que el crepúsculo hacia aparecer como un espejo de cobre bruñado. Conrado se inclinó maquinalmente, y vio la sombra de una barba blanca como la nieve reflejarse en su superficie; creyó desde luego, que era la del prior; pero bien pronto advirtió que caía sobre su coselete cubierto de orin. ¿Dónde estoy? Murmuró con una voz sorda: ¿no soy Conrado? ¿No tengo veinte años, y Berta de Andernach no es mi esposa?

—Berta de Andernach! exclamó el abad; pero esa es la bienaventurada que habeis visto tendida en el catafalco de la capilla, y que se ha dormido ayer en el Señor. Hoy hace cien años que se casó con un caballero llamado como vos, Conrado; pero el esposo partió la mañana misma de sus bodas, y desde entonces no se ha oído hablar mas de él. Ella lo esperó cinco años enteros entre la oración y las lágrimas; después, desesperando de su vuelta, la desolada doncella entró en la religion legando a nuestra orden el castillo donde había comenzado su viudez. Ha vivido aun cien años, ceñida de cilicios, con la frente en la ceniza, y ayer es cuando Dios la ha llamado a sí.

¡Ah! la hora del paraíso había durado un siglo.

Conrado quiso gritar; pero sofocado como por una mordaza, su grito no salió de su boca; después, de repente, su juventud ficticia desapareció, y sintió sus cien años caer pesadamente uno a uno sobre su cabeza, como las piedras de una lenta lapidación. Se encorvaron sus espaldas, sus rodillas temblaron y apenas pudo arrastrarse vacilante hasta la capilla donde cayó jadeando sobre el seno de Berta. La muerta se estremeció bajo este contacto, como bajo el soplo de una resurrección; su mano flaca y arrugada se entrelazó con la de Conrado; sus labios se entreabrieron y ella le dijo, no con la voz cascada de los cien años, sino con la clara y sonora de sus quince primaveras: «Conrado: te he cumplido mi palabra; te he esperado. El anillo del matrimonio con Jesucristo, ha sido el anillo del nuestro, y el velo nupcial que habías prendido en mi frente, ha servido para los dos. Esta tarde te he visto a lo lejos en el bosque; quise llamarte, pero los ángeles me han dicho que no tardarías en reunirme conmigo. Ven, pues; te espero allá arriba, y ya se encienden las antorchas de nuestras segundas nupcias que por esta vez serán eternas.» Apenas hubo acabado de hablar cuando Conrado cayó muerto para despertarse en el cielo.

Ahora, si se me pregunta la moralidad de este cuento, diré que encierra dos en lugar de una; la de la leyenda y la del símbolo. De la primera se puede deducir, que una hora de los relojes de la eternidad, vale cien años de los de la tierra; la segunda, que el elixir de una vida entera, puede contenerse en un minuto, como la esencia de un árbol en un perfume.

Traducido

POR DON ANGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGUELLES.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.

Los misterios del teatro.

FUERA DE LA ESCENA.



Discusion permanente acerca del merito de una obra dramática.

Un hombre pacífico y otro que compra su billete á un revendedor.

La consigna.... ¡El que haga el menor signo de reprobacion.... fuera!

Distintas afecciones de los espectadores.

DETRAS DEL TELON.



El guardaropa no ha traído las armas.—Se representará la función sin espadas.—Pero hay un duelo.

No tengo todavía mis calzones y salgo en la tercera escena.



Aligérense vds. que ya me han dado la voz de prevenida.



En el agujero del telon.—Mira, allí están Ochoa, Cañete y Corradi.—¡Ay Dios mío! Estos críticos nada encuentran bueno.

DISTINTAS FISIONOMIAS.



Comparsas en descanso.

El que ladra, el que imita al gato, al gallo y el rebuzno entre bastidores.



Un marqués de teatro.



Instrucciones al tambor.



Un pobre hombre en medio de los aplaudidores de oficio.

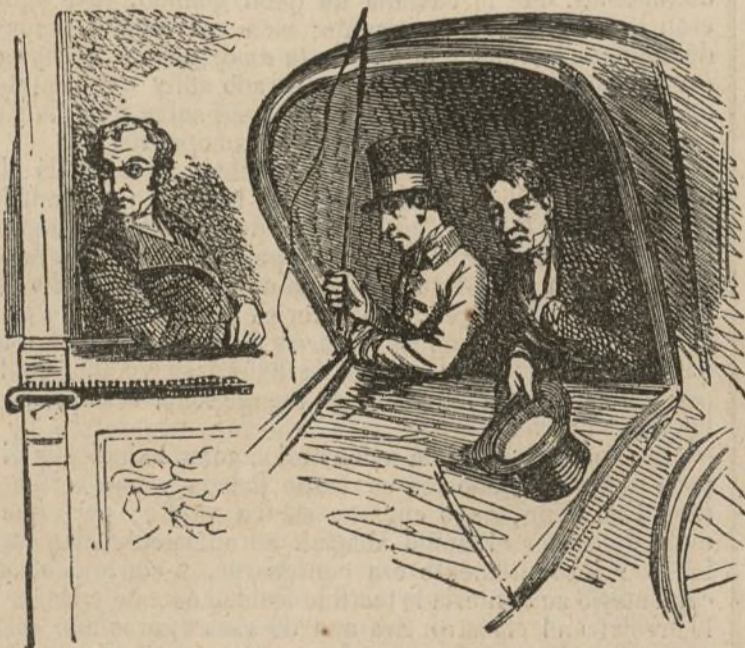
AUTORES Y PERIODISTAS



Un autor á dos leguas del teatro durante la primera representacion de su obra.



Otro autor espera el éxito de su drama en el café.



Este otro mas desvergonzado asiste á la representacion.



Otro se ausenta de Madrid. El periodista que debe dar cuenta de la función fuma un cigarro en la calle.



Exito:—Bien, hombre, bien; recibe mi enhorabuena.